

# La poesía de Pedro Lastra

LUIS DOMINGUEZ VIAL\*

Esta antología de la obra de Pedro Lastra, o cualesquiera de las que se han ido publicando, en una primera impresión al buen lector presenta el aspecto de un libro clásico, quizás la recopilación cuidadosa de los poemas y fragmentos de un poeta griego o latino, llevada a cabo por un estudioso investigador o un erudito amante que empleó dos décadas en la traducción. Hay cierto aticismo en esta poesía transparente, insobornable para las galas de nuestra lengua; simultáneamente, el escrupuloso destilado en el tiempo la ha ido densificando, haciéndola así tan intensa como sugerente. No se trata de libros de poesía aparecidos en sucesión sino de la obra de una vida, de un quehacer necesario al margen y al centro de todo.

Es una poesía ascética que vuela alto con la garza de Esopo, en ámbitos donde más abundan los pavos reales. Procesos interiores, largamente acuñados en secreto, obtienen en esta poesía una síntesis estricta, desprendida de la experiencia y su análisis, breve, lapidaria. Desde la memoria, el sueño y la extrañeza los poemas nos devuelven una mirada inocente, sin estorbos y como si fuese la única posible. Al principio, el tono "al oído" y la extremada concisión pueden darnos una sensación

\* Luis Domínguez Vial. Escritor, crítico literario.

de fugacidad; mas pronto advertimos la coherencia y originalidad de tan sutiles percepciones y la reticencia se hace finísima por su persuasión y claridad, porque no es un efecto ni esconde nada sino que está de suyo en el poema, por un afán de pureza o simplicidad. Esta es una poesía que consigue sabiduría a través de la modestia, una poesía de madurez intemporal. (El poeta que viene de vuelta suele traer horror a la grandilocuencia). Esta poesía madura, de gran sobriedad, es una poesía creyente que no cede a las tentaciones de la retórica para afirmar la estructura del poema en lo que dice; en esta cuerda floja, no obstante, carece de vehemencia y mantiene la serenidad, la entereza del tono.

La memoria, los sueños, la extrañeza, el amor, el arte son los temas, y hay poemas especialmente felices sobre cada uno de estos asuntos. No se trata de fenómenos descritos sino de ejercicios en el vivir y reflexiones que fluyen y confluyen en los poemas más notables. Así "Ya hablaremos de nuestra juventud" que trata de una de las obsesiones del poeta, la fragilidad de la memoria, es un poema que respira extrañeza y menciona *la presencia/ de una turbia batalla con los sueños*, batalla que tiene desarrollo en otros poemas. En "Puentes levadizos", un poema sobre la extrañeza, tras el décimo verso, da la entrada a una primera persona singular que parece contarnos un sueño recurrente. "Conversación con Mary Anna en 'La Casa de la Cima'", un poema de amor en su exterior anecdótico y extrañeza, remata con un pensamiento sobre la memoria que ensombrece la visión total.

Los motivos están unidos por la misma conexión que tienen en la vida del poeta. Pedro Lastra ha vivido gran parte de su vida en el extranjero. Por eso dice: *El desterrado busca, / y en sueños reconoce su espacio más hermoso, / la casa de más aire* ("El desterrado busca"), y en uno de sus poemas que tienen sólo un verso reconoce: *Regreso envejecido de los sueños* ("Contracopla"). Esa extrañeza volcada en memoria y sueños no es sólo materia de extranjería sino que asimismo es la paradójica extrañeza que la poesía suele sufrir en los medios en que más se habla de ella, la academia. Pedro Lastra ha tenido una larga y

vasta experiencia como profesor de literatura hispanoamericana. Por otra parte, para él Cervantes es un autor de cabecera, al mismo tiempo que poeta insigne, símbolo de la literatura en nuestra lengua. Por eso es el nombre escogido por él para su rotundo "Don Quijote impugna a los comentadores de Cervantes por razones puramente personales", poema en el que excepcionalmente se altera algo su habitual serenidad. Quizás no hay remedio; siempre fue así y la extrañeza está en la raíz de toda poesía. Por eso más tarde parece hermanarse con el *entumecido Catulo* es una especie de melancolía perenne: *Asumo una vez más mi papel en estas representaciones invernales...* ("Teatro de invierno").

Hay poética coherencia entre la extrañeza, la memoria y los sueños, pero así también una falta de control en los motivos, o, mejor dicho, una extrañeza más integral. La memoria y los sueños no curan de la extrañeza. Uno de los poemas más notables de Pedro Lastra describe este proceso admirablemente e introduce el soporte del amor: "Disolución de la memoria". Este es un poema central donde la vaguedad del tema está en perfecto control. No puede ser citado en parte ni comentar con distintas palabras que las que uno usa leyéndolo; lo que uno debe hacer es leer el poema, una y otra vez, por varios minutos, y luego volver a él.

La extrañeza y la fragilidad de la memoria llevan al poeta hacia la certeza de los ritos familiares ("Informe para extranjeros"), o al no menos fiel mundo del arte y los clásicos personales ("Escribo el nombre de Nerval"), o asocian al poeta con estas actividades y se hace protagonista de una escena doméstica ("Los días contados") o de un cuadro ("Homenaje a René Magritte") o autor de un collage ("Desnudo bajando otra escalera"). No obstante, aunque este arte y esos ritos alimenten su tarea poética, no halla en ellos punto de apoyo. De modo semejante acontece con los sueños ("Sueño en busca de personaje") que suelen venir de asalto, como pesadillas ("Comunicado de González Vera: los planes de la noche"). Muchas veces para el poeta lo onírico resulta como una imposición o insistencia sobre una prisión interior. Sólo queda como siempre, ahí donde toda la vida estuvo, el amor. La

cordura y serenidad del poeta, convertidas en tono por Pedro Lastra, necesitan del amor: *No escribo, no me digo, / no te digo palabra: / la locura me escribe...* ("Maritza Soledad"), o *Es extraña tu mano levantada en el aire...* ("Estudio"). Persiste la extrañeza viva, la memoria en crisis, los sueños con su emboscada, mas sostenidos por el amor en estos poemas. Uno de tales poemas es una "Canción de amor" que tiene sólo un verso: *¿No era inmortal tu rostro?* La historia de amor que da origen a la pregunta pone un manto de piedad sobre la insuficiencia de la memoria o, gracias a esa historia, le es posible recrear la amada en la ausencia ("Balada para una historia secreta"). El amor parece poner término a la adversidad, redimir la extrañeza, la memoria y los sueños, como por un encantamiento del poema ("La otra versión") y lo que prevalece es la voz, la voz única y ordenadora.

La poesía de Pedro Lastra es breve, fina y tan rica en reflexiones y sugerencias que permite muchas otras aproximaciones. Asimismo es una poesía en movimiento, como el botón de una flor que siempre estuviese en proceso de abrirse. Hay perspectivas a las que en los últimos años parece invitarse, como una a partir de los símbolos cristianos:

*imágenes*            *imágenes*            de  
*panes*                *peces*

("Disolución de la memoria"), nuestra señora, letanías y ángeles en otros poemas. Una línea que siguiera el tema del amor ha estado ahí desde un principio, a partir de "Para el nuevo decálogo" y siguiendo el camino de *las damas de la corte* ("Puentes levadizos") que *preparan el exilio*, ajenas por completo a una lucha por el poder.